

ESCUELA DE SANTIDAD

TEMA 1: TODOS LLAMADOS A LA SANTIDAD. ¿QUÉ ES LA SANTIDAD?

TEXTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA:

"Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación" (1Tes 4,3).

"Dios nos ha elegido en Cristo antes de la creación del mundo para que fuésemos santos e irreprochables en su presencia por el amor" (Ef 1,4).

"A los que Dios conoció de antemano, los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo" (Rm 8,29)

"Seréis santos porque Yo, el Señor, vuestro Dios, soy Santo" (Lv 20,26)

"Cada uno de nosotros ha recibido su propio don, en la medida que Cristo los ha distribuido... Él comunicó a unos el don de ser apóstoles, a otros profetas, a otros predicadores del Evangelio, a otros pastores o maestros. Así organizó a los santos para la obra del ministerio, en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto y a la madurez que corresponde a la plenitud de Cristo" (Ef 4,7.11-13)

LA SANTIDAD ES NUESTRO FIN

Mi fin es la santidad, la felicidad, la plenitud de vida, la gloria de Dios, la transformación en Cristo por amor... Todo esto es lo mismo. Es ¡mi fin! El fin glorioso para el que Él me eligió antes de la creación del mundo: "para que fuésemos santos e irreprochables ante Él por el amor".

Santos por pura gracia, por puro designio divino, por puro amor de Dios. En realidad, éste es también el anhelo más íntimo de nuestro corazón. No he nacido para un fin mezquino, ni trivial, ni pasajero o temporal. He nacido para un fin eterno, el único que puede llenar mi corazón del todo hasta conseguir la realización plena de mi existencia, colmando totalmente mi corazón. He nacido para grandes cosas. Dios me ha creado para el cielo, con el deseo de que ya lo empiece aquí: una felicidad eterna que será de gloria Allí y de gracia aquí.

"¡Estáis llamados todos a la santidad! Así como florecieron magníficos testimonios de santidad en la España del Siglo de Oro por la reforma católica y el Concilio de Trento, florezcan ahora, en la época de la renovación eclesial del Vaticano II, nuevos testimonios de santidad, especialmente entre los seglares de España". (S. Juan Pablo II. Misa en Toledo. 4 noviembre 1982)

Queridos amigos, ¡qué grande y bella, y también sencilla, es la vocación cristiana vista desde esta luz! Todos estamos llamados a la santidad: es la medida misma de la vida cristiana.

Quisiera invitaros a todos a abriros a la acción del Espíritu Santo, que transforma nuestra vida, para ser, también nosotros, como piezas del gran mosaico de santidad que Dios va creando en la historia, para que el Rostro de Cristo resplandezca en la plenitud de su fulgor. No tengamos miedo de mirar hacia lo alto, hacia la altura de Dios; no tengamos miedo de que Dios nos pida demasiado, sino que dejemos guiarnos en todas las acciones cotidianas por su Palabra, aunque nos sintamos pobres, inadecuados, pecadores: será Él el que nos transforme según su amor (Benedicto XVI).

1. ¿Qué quiere decir ser santos? ¿Quién está llamado a ser santo?

A menudo se piensa que la santidad es un objetivo reservado a unos pocos elegidos. San Pablo, sin embargo, habla del gran diseño de Dios y afirma: "En él – Cristo – (Dios) nos ha elegido antes de la creación del mundo, y para que fuéramos santos e irreprochables en su presencia, por el amor" (Ef 1,4). Y habla de todos nosotros. En el centro del diseño divino está Cristo, en el que Dios muestra su Rostro: el Misterio escondido en los siglos se ha revelado en la plenitud del Verbo hecho carne. Y Pablo dice después: "porque Dios quiso que en él residiera toda la Plenitud" (Col 1,19). En Cristo el Dios viviente se ha hecho cercano, visible, audible, tangible de manera que todos puedan obtener de su plenitud de gracia y de verdad (cfr Jn 1,14-16). Por esto, toda la existencia cristiana conoce una única suprema ley, la que san Pablo expresa en una fórmula que aparece en todos sus escritos: en Cristo Jesús.

La santidad, la plenitud de la vida cristiana no consiste en el realizar empresas extraordinarias, sino en la unión con Cristo, en el vivir sus misterios, en el hacer nuestras sus actitudes, sus pensamientos, sus comportamientos. La medida de la santidad viene dada por la altura de la santidad que Cristo alcanza en nosotros, de cuánto, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida sobre la suya. Es el conformarnos a Jesús, como afirma san Pablo: "En efecto, a los que Dios conoció de antemano, los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo" (Rm 8,29). Y san Agustín exclama: "Viva será mi vida llena de Ti (Confesiones, 10,28).

El Concilio Vaticano II, en la Constitución sobre la Iglesia,

habla con claridad de la llamada universal a la santidad, afirmando que nadie está excluido: "Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios...siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, a fin de merecer ser hechos partícipes de su gloria" (nº41).

2. ¿Cómo podemos recorrer el camino de santidad, responder a esta llamada? ¿Puedo hacerlo con mis fuerzas?

Una vida santa no es fruto principalmente de nuestro esfuerzo, de nuestras acciones, porque es Dios, el tres veces Santo (cfr Is 6,3), que nos hace santos, y la acción del Espíritu Santo que nos anima desde nuestro interior, es la vida misma de Cristo Resucitado, que se nos ha comunicado y que nos transforma. Para decirlo otra vez según el Concilio Vaticano II: "Los



seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y, por lo mismo, realmente santos. En consecuencia, es necesario que con la ayuda de Dios conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron” (ibid., 40).

La santidad tiene, por tanto, su raíz principal en la gracia bautismal, en el ser introducidos en el Misterio pascual de Cristo, con el que se nos comunica su Espíritu, su vida de Resucitado, san Pablo destaca la transformación que obra en el hombre la gracia bautismal y llega a cuñar una terminología nueva, forjada con la preposición “con”: *con-muertos, con-sepultados, con-resucitados, con-vivificados* con Cristo; nuestro destino está vinculado indisolublemente al suyo. “Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que así como Cristo resucitó por la gloria del Padre, también nosotros llevemos una Vida nueva” (Rm 6,4). Pero Dios respeta siempre nuestra libertad y pide que aceptemos este don y vivamos las exigencias que comportan, pide que nos dejemos transformar por la acción del Espíritu Santo, conformando nuestra voluntad a la voluntad de Dios.

3. ¿Cómo puede suceder que nuestro modo de pensar y nuestras acciones se conviertan en el pensar y en el actuar con Cristo y de Cristo? ¿Cuál es el alma de la santidad?

De nuevo el Concilio Vaticano II precisa; nos dice que la santidad no es otra cosa que la caridad plenamente vivida. “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios permanece en él” (1Jn 4,16). Ahora, Dios ha difundido ampliamente su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que nos ha sido dado (cfr Rm 5,5); por esto el primer don y el más necesario es la caridad, con la que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por amor a Él. Para que la caridad, como una buena semilla, crezca en el alma y nos fructifique, todo fiel debe escuchar voluntariamente la Palabra de Dios, y con la ayuda de su gracia, realizar las obras de su voluntad, participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía y en la santa liturgia, acercarse constantemente a la oración, a la abnegación de sí mismo, al servicio activo a los hermanos y al ejercicio de toda virtud. La caridad, de hecho, es vínculo de la perfección y cumplimiento de la ley (cfr Col 3,14; Rm 13, 10), dirige todos los medios de santificación, da su forma y la conduce a su fin.

Quizás también este lenguaje del Concilio Vaticano II es un poco solemne para nosotros, quizás debemos decir las cosas de un modo todavía más sencillo. ¿Qué es lo más esencial? Esencial es no dejar nunca un domingo sin un encuentro con el Cristo Resucitado en la Eucaristía, esto no es una carga, sino que es luz para toda la semana. No comenzar y no terminar nunca un día sin al menos un breve contacto con Dios. Y, en el camino de nuestra vida, seguir las “señales del camino” que Dios nos ha comunicado en el Decálogo leído con Cristo, que es simplemente la definición de la caridad en determinadas situaciones. Me parece que esta es la verdadera sencillez y grandeza de la vida de santidad: el encuentro con el Resucitado el domingo; el contacto con Dios al principio y al final de la jornada; seguir, en las decisiones, las “señales del camino” que Dios nos ha comunicado, que son sólo formas de la caridad. De ahí que la caridad para con Dios y para con el prójimo sea el signo distintivo del verdadero discípulo de Cristo. (*Lumen*

gentium, 42). Esta es la verdadera sencillez, grandeza y profundidad de la vida cristiana, del ser santos.

He aquí el porqué de que San Agustín, comentando el cuarto capítulo de la 1ª Carta de San Juan puede afirmar una cosa sorprendente: “*Dilige et fac quod vis*”, “Ama y haz lo que quieras”. Y continúa: “Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor, si corriges, corrige por amor, si perdonas, perdona por amor, que esté en ti la raíz del amor, porque de esta raíz no puede salir nada que no sea el bien” (7,8: *PL* 35). Quien se deja conducir por el amor, quien vive la caridad plenamente, es Dios quien lo guía, porque Dios es amor. Esto significa esta palabra grande: “*Dilige et fac quod vis*”, “Ama y haz lo que quieras”.

4. ¿Podemos nosotros, con nuestras limitaciones, con nuestra debilidad, llegar tan alto?

La Iglesia, durante el Año Litúrgico, nos invita a recordar a una fila de santos, quienes han vivido plenamente la caridad, han sabido amar y seguir a Cristo en su vida cotidiana. Ellos nos dicen que es posible para todos recorrer este camino. En todas las épocas de la historia de la Iglesia, en toda latitud de la geografía del mundo, los santos pertenecen a todas las edades y a todo estado de vida, son rostros concretos de todo pueblo, lengua y nación. Y son muy distintos entre sí. En realidad, debo decir que también según mi fe personal muchos santos, no todos, son verdaderas estrellas en el firmamento de la historia. Y quisiera añadir que para mí no sólo los grandes santos que amo y conozco bien son “señales en el camino”, sino también los santos sencillos, es decir, las personas buenas que veo en mi vida, que nunca serán canonizados. Son personas normales, por decirlo de alguna manera, sin un heroísmo visible, pero que en su bondad de todos los días, veo la verdad de la fe. Esta bondad, que han madurado en la fe de la Iglesia, es para mí la apología segura del cristianismo y la señal de donde está la verdad.

En la comunión con los santos, canonizados y no canonizados, que la Iglesia vive gracias a Cristo en todos sus miembros, nosotros disfrutamos de su presencia y de su compañía y cultivamos la firme esperanza de poder imitar su camino y compartir un día la misma vida beata, la vida eterna. (BXVI 13 de abril de 2011).

“El verdadero crecimiento vendrá de la calidad interior del hombre. Tenemos que apartarnos del tumulto de los objetos exteriores para escondernos en los pliegues de nuestra alma y buscar la claridad de la luz divina y ese silencio tan difícil de preservar. Dentro de nosotros siempre hay una lucha entre el hombre exterior, que se separa de Dios y vive en el pecado convirtiéndose en presa de sus deseos carnales y mundanos, y el hombre interior, que se abre a la gracia y se santifica siguiendo la ley del Espíritu y la voluntad de Dios”.

«La finalidad de la Iglesia no es formar jefes, por muy importante que esto sea, ni crear organizaciones, por muy necesarias que parezcan. Su finalidad es hacer santos, es decir, testigos vivientes de lo eterno» (Pío XII).

Para garantizar este objetivo pongámonos bajo el manto protector de María, apropiándonos las palabras de Bernardo de Claraval: *«Siguiéndola a Ella, no se desviará; rogándola, será fuerte; mirándola, no se equivocará; agarrándose a Ella, no caerá; siendo Ella protectora, no temerá; capitana, no se fatigará; siendo Ella propicia, llegará».*

ESCUELA DE SANTIDAD (Práctica cristiana)

TEMA 1. Yo puedo y debo ser santo

1. Ejercicio de ORACIÓN para la semana

Para la oración de esta semana tengamos en cuenta estos

TRES CONSEJOS:

1º INSISTE MUCHO EN EL SILENCIO INTERIOR

Sigue intentando el **recogimiento interior**, controlando los sentidos exteriores. Poco a poco te iras acostumbrando. Todos los esfuerzos aquí serán muy bien empleados. Si te pasas el rato de oración entero luchando contra las distracciones (igual que hicimos la semana pasada) estarás haciendo una buena oración.

Te recuerdo que el **silencio de la mirada** tiene especial importancia en el rato de oración. Consiste en saber cerrar los ojos para contemplar a Dios que está dentro de ti, en las regiones profundas e íntimas de nuestro abismo personal. Las imágenes son una droga de la que casi no podemos prescindir. Están por todas partes y en todo momento. Los ojos se encuentran enfermos, como embriagados, y muchas veces ya no pueden cerrarse. Inténtalo en la oración.

También el **silencio de oídos**: hay que taparse los oídos, porque las imágenes sonoras los atacan y los ofenden, tanto a ellos como a nuestra inteligencia y nuestra imaginación. Nos resulta difícil no escuchar a este mundo en permanente gesticulación y ruido. Se impone empeñarnos también en este silencio.

Pero tu objetivo es más ambicioso. Se trata de llegar a un silencio más importante aún: el **Silencio de imaginación**. Debemos no cansarnos en este empeño, de manera que a la hora de rezar, cuando estamos a solas con Dios y SOLO PARA ÉL, ningún pensamiento ajeno nos distraiga, ningún recuerdo nos perturbe, ningún problema nos enturbie la paz.

2º DA MUCHA IMPORTANCIA A ESTA PETICIÓN

Durante toda la semana haremos esta plegaria, como súplica diaria. La rezaremos con gran confianza y devoción, conscientes de lo que pedimos, sin prisas, sabiendo que es el FRUTO que queremos sacar de la oración de estos días:

Poderosísima y buenísima Madre nuestra: Queremos ardientemente entrar en el camino de la santidad. Santidad sencilla y alegre como la tuya, sin acciones brillantes; que se sepa ocultar siempre sin llamar la atención nunca. Danos un corazón que desaparezca con energía y constancia en las monótonas obligaciones de cada día, que acepte con amor los sufrimientos pequeños o grandes, pasajeros o persistentes. Un corazón limpio de egoísmo, sin sombra de vanidad, sin nieblas de sentimentalismo, tierno y apasionado para amarte sin medida, incansable y fuerte para conquistarte almas. Un corazón que no se cierre ante la ingratitud, ni se canse ante la indiferencia. Un corazón que no olvide ningún bien, ni guarde rencor por ningún mal. Un corazón puro que inunde el mundo de Luz, de Amor, de Vida.

3º SÍRVETE BIEN DE LOS TEXTOS

En tu oración de cada día de la semana debes meditar sobre el tema que se propone. Ten siempre presente el esquema del primer día (hoja verde) y síguelo. Detente siempre, sin prisas, donde encuentres luz o gracia de Dios. Da mucha importancia a la conexión con Él (de ahí la necesidad de tener en cuenta la lucha contra las distracciones) y también al coloquio íntimo con Jesús, de corazón a corazón... Habla con Él, sírvete de jaculatorias, dale gracias,... Los textos de la sagrada Escritura o de autores espirituales tanto del tema como los 4 que se proponen en esta hoja verde, son para que te ayuden en esta tarea. Sírvete de ellos con libertad. Te proponemos uno para cada día de la semana. El día séptimo siempre es bueno dedicarlo a hacer una oración de repetición de toda la semana, deteniéndonos en los puntos que más nos hayan ayudado.

TEXTOS PARA LA MEDITACIÓN

Para los **dos primeros días**, la meditación se hace con los textos del Tema (hoja azul), en particular con los de la Sagrada Escritura. También reza en estos dos primeros días los ejercicios de caridad y de abnegación (Puntos 2 y 3 de esta hoja verde), y haz los propósitos correspondientes a la luz de lo que el Espíritu Santo te inspire y sugiera

Día tercero: Podemos ser santos a pesar de nuestra pequeñez (Santa Teresa del Niño Jesús)

"Cuántas veces me he comparado a los santos, he podido comprobar que hay entre ellos y yo la misma diferencia que existe entre una montaña cuya cima se pierde en las nubes y el humilde grano de arena hollado por los caminantes. Pero, en lugar de desanimarme, yo me dije: El Señor no podría inspirar deseos irrealizables. Puedo, pues, a pesar de mi pequeñez, aspirar a la santidad. Crecer es imposible; debo soportarme tal como soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero buscar el medio de ir al cielo por un caminito muy derecho y muy corto, un caminito del todo nuevo. Estamos en el siglo de los inventos. Ahora ya no hay que tomarse el trabajo de subir los peldaños de una escalera: en casa de los ricos un ascensor para elevarme hasta Jesús, pues soy demasiado pequeña para subir la ruda escalera de la perfección. Con este fin, he rebuscado en los Libros Santos la indicación del ascensor, objeto de mis deseos, y he leído estas palabras salidas de la boca de la Sabiduría eterna: "Si alguno es pequeñito, que venga a Mí". Entonces me acerqué a Dios, adivinando que había encontrado lo que buscaba. Y queriendo saber, oh Dios mío, qué es lo que haríais con el pequeñito que respondiese a vuestro llamamiento, continué mis indagaciones y he aquí lo que encontré: "Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré Yo, os llevaré en mi regazo y os meceré sobre mis rodillas". ¡Ah! ¡Jamás palabras más tiernas, más melodiosas, vinieron a regocijar mi alma! ¡Vuestros brazos oh Jesús, son el ascensor que ha de elevarme hasta el cielo! Para eso no necesito crecer; al contrario, debo permanecer pequeña y achicarme cada vez más".

Día cuarto: Esta es la voluntad de Dios: vuestra Santificación (San Josemaría Escrivá)

Nos quedamos removidos, con una fuerte sacudida en el corazón, al escuchar atentamente aquel grito de San Pablo: "ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación". Hoy, una vez más me lo propongo a mí, y os lo recuerdo también a vosotros y a la humanidad entera: ésta es la Voluntad de Dios, que seamos santos.

Para pacificar las almas con auténtica paz, para transformar la tierra, para buscar en el mundo y a través de las cosas del mundo a Dios Señor Nuestro, resulta indispensable la santidad personal. A cada uno llama a la santidad, de cada uno pide amor: jóvenes y ancianos, solteros y casados, sanos y enfermos, cultos e ignorantes, trabajen donde trabajen, estén donde estén.

Hay un solo modo de crecer en la familiaridad y en la confianza con Dios: tratarle en la oración, hablar con Él, manifestarle –de corazón a corazón– nuestro afecto. Primero una jaculatoria, y luego otra, y otra..., hasta que parece insuficiente ese fervor, porque las palabras resultan pobres... y se deja paso a la intimidad divina, en un mirar a Dios sin descanso y sin cansancio. Vivimos entonces como cautivos, como prisioneros. Mientras realizamos con la mayor perfección posible, dentro de nuestras equivocaciones y limitaciones, las tareas propias de nuestra condición y de nuestro oficio, el alma ansía escaparse. Se va hacia Dios, como el hierro atraído por la fuerza del imán. Se comienza a amar a Jesús, de forma más eficaz, con un dulce sobresalto. Pero no olvidéis que estar con Jesús es, seguramente, toparse con su Cruz.

Cuando nos abandonamos en las manos de Dios, es frecuente que Él permita que saboreemos el dolor, la soledad, las contradicciones, las calumnias, las difamaciones, las burlas, por dentro y por fuera: porque quiere conformarnos a su imagen y semejanza, y tolera también que nos llamen locos y que nos tomen por necios.

Al admirar y al amar de veras la Humanidad Santísima de Jesús, descubriremos una a una sus Llagas. Y en esos tiempos de purgación pasiva, penosos, fuertes, de lágrimas dulces y amargas que procuramos esconder, necesitaremos meternos dentro de cada una de aquellas Santísimas Heridas: para purificarnos, para gozarnos con esa Sangre redentora, para fortalecernos. El corazón necesita, entonces, distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas. De algún modo, es como un descubrimiento, el que realiza el alma en la vida sobrenatural. Y se entretiene amorosamente con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo; y se somete fácilmente a la actividad del Paráclito vivificador, que se nos entrega sin merecerlo. Sobran las palabras, porque la lengua no logra expresarse; ya el entendimiento se aquieta. No se discurre, ¡se mira! Y el alma rompe otra vez a cantar con cantar nuevo, porque se siente y se sabe también mirada amorosamente por Dios, a todas horas.

Que la Madre de Dios y Madre nuestra nos proteja, con el fin de que cada uno de nosotros pueda servir a la Iglesia en la plenitud de la fe, con los dones del Espíritu Santo y con la vida contemplativa.

Día quinto: La santidad es un don de Dios para todos (Papa Francisco)

Ante todo debemos tener bien presente que la santidad no es algo que nos procuramos nosotros, que obtenemos con nuestras cualidades y capacidades. La santidad es un don, es el don que nos da el Señor Jesús, cuando nos toma para sí y nos reviste de sí mismo, nos hace como Él.

En la Carta a los Efesios, el apóstol Pablo afirma que «Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla» (Ef 5, 25-26). Aquí está, verdaderamente la santidad es el rostro más bello de la Iglesia, el rostro más bello: es un redescubrirse en comunión con Dios, en la plenitud de su vida y de su amor. Se comprende, entonces, que la santidad no es una prerrogativa sólo de algunos: la santidad es un don ofrecido a todos, ninguno excluido, por lo cual constituye el carácter distintivo de todo cristiano.

Todo esto nos hace comprender que, para ser santos, no hay que ser forzosamente obispos, sacerdotes o religiosos: no, todos estamos llamados a ser santos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada sólo para quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicarse exclusivamente a la oración. Pero no es así. Alguno piensa que la santidad es cerrar los ojos y poner cara de santito. ¡No! No es esto la santidad.

Estamos llamados a ser santos cada uno en las condiciones y en el estado de vida en el que se encuentra. ¿Tú eres consagrado, eres consagrada? Sé santo viviendo con alegría tu entrega y tu ministerio. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un bautizado no casado? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo y ofreciendo el tiempo al servicio de los hermanos. «Pero, padre, yo trabajo en una fábrica; yo trabajo como contable, siempre con los números, y allí no se puede ser santo...». —«Sí, se puede. Allí donde trabajas, tú puedes ser santo. Dios te da la gracia para llegar a ser santo. Dios se comunica contigo».

Siempre, en todo lugar se puede llegar a ser santo, es decir, podemos abrirnos a esta gracia que actúa dentro de nosotros y nos conduce a la santidad. ¿Eres padre o abuelo? Sé santo enseñando con pasión a los hijos o a los nietos a conocer y a seguir a Jesús. Es necesaria mucha paciencia para esto, para ser un buen padre, un buen abuelo, una buena madre, una buena abuela; se necesita mucha paciencia y en esa paciencia está la santidad: ejercitando la paciencia. ¿Eres catequista,

educador o voluntario? Sé santo siendo signo visible del amor de Dios y de su presencia junto a nosotros. Es esto: cada estado de vida conduce a la santidad, ¡siempre! En tu casa, por la calle, en el trabajo, en la Iglesia, en ese momento y en tu estado de vida se abrió el camino hacia la santidad. No os desalentéis al ir por este camino. Es precisamente Dios quien nos da la gracia. Sólo esto pide el Señor: que estemos en comunión con Él y al servicio de los hermanos.

Día sexto: Con la santidad, el Señor nos invita a compartir su alegría. Dar pasos hacia la santidad (Papa Francisco)

Cada uno de nosotros puede hacer un poco de examen de conciencia: ¿cómo hemos respondido hasta ahora a la llamada del Señor a la santidad? ¿Tengo ganas de ser un poco mejor, de ser más cristiano, más cristiana? Este es el camino de la santidad.

Cuando el Señor nos invita a ser santos, no nos llama a algo pesado, triste... ¡Todo lo contrario! Es la invitación a compartir su alegría, a vivir y a entregar con gozo cada momento de nuestra vida, convirtiéndolo al mismo tiempo en un don de amor para las personas que están a nuestro alrededor. Si comprendemos esto, todo cambia y adquiere un significado nuevo, un significado hermoso, un significado comenzando por las pequeñas cosas de cada día.

Un ejemplo. Una señora va al mercado a hacer la compra, encuentra a una vecina y comienza a hablar, y luego vienen las críticas y esta señora dice: «No, no, yo no hablaré mal de nadie». Este es un paso hacia la santidad, te ayuda a ser más santo. Luego, en tu casa, tu hijo te pide hablar un poco de sus cosas fantasiosas: «Oh, estoy muy cansado, he trabajado mucho hoy...» – «Pero tú acomódate y escucha a tu hijo, que lo necesita». Y tú te acomodas, lo escuchas con paciencia: este es un paso hacia la santidad. Luego termina el día, estamos todos cansados, pero está la oración. Hagamos la oración: también este es un paso hacia la santidad. Después viene el domingo y vamos a misa, comulgamos, a veces precedido de una hermosa confesión que nos limpie un poco. Esto es un paso hacia la santidad. Luego pensamos en la Virgen, tan buena, tan hermosa, y tomamos el rosario y rezamos. Este es un paso hacia la santidad. Luego voy por la calle, veo a un pobre, a un necesitado, me detengo, hablo con él, le doy algo: es un paso a la santidad. Son pequeñas cosas, pero muchos pequeños pasos hacia la santidad.

Cada paso hacia la santidad nos hará personas mejores, libres del egoísmo y de la cerrazón en sí mismos, y abiertas a los hermanos y a sus necesidades.

2. Ejercicio de CARIDAD para esta semana

Piensa en cómo vives la caridad con los más cercanos... ¿Eres siempre amable? ¿Te quejas y te enfadas con frecuencia? ¿Eres negativo y tu estado de ánimo depende de tu buen o mal humor? ¿Tienes paciencia con el carácter o los defectos de los demás? ¿Ayudas a personas concretas que te necesitan?

Dios espera de ti que seas imagen de su bondad, transparencia de su Amor... Piensa en aquello que debes corregir, cambiar o fomentar de tu carácter o de tus reacciones.

Es siempre importante preocuparte por los demás: compañeros, amigos, familiares, conocidos... Pregúntate cómo están, en qué los puedes ayudar, ... Quizá estén demasiado apartados de Dios, y puedas invitarles o sugerirles que se acerquen a Él... sugiereles que recen algo cada día, o a que se confiese... o que participen en la Escuela... Usa la imaginación de la Caridad. Siempre puedes (y debes) rezar por ellos.

3. Ejercicio de ABNEGACIÓN para esta semana

Proponte vivir esta semana de manera consciente y firme el **silencio de mirada, de oído y de imaginación**, tal y como lo hemos expuesto. Esta ascesis interior es exigente pero muy valiosa para tu unión con Dios. No te desanimes nunca, aunque parezca que no avanzas nada. Puede ayudarte en concreto renunciar a horas de televisión, de internet, de noticias. Piensa que debes de estar más conectado con Dios en cada momento que con el móvil, del cual solemos depender demasiado. Esta ascesis (además de otros sacrificios que puedes hacer por tu cuenta) es de gran valor y provecho.